



fué nombrado ministro de negocios extranjeros, tan amigo de los franceses como aborrecedor de los austriacos, y otros personajes más ó ménos animados de las mismas ideas. Desde entonces fué fácil prever el éxito de aquella situacion, tanto más cuanto que Harley estaba de antemano en relaciones secretas con el gabinete de Versalles, la reina deseaba la paz con ulteriores miras, y el pueblo y la prensa vociferaban contra la prosecucion de la lucha.

En cuanto á Luis XIV, sólo deseaba ocasiones de proponer la paz; así fué que aceptó con júbilo aquella con que le brindaban los mismos ingleses, cuyo apresuramiento y facilidad en esta ocasion adoleció algo tal vez de impericia política y de falta de dignidad. Entabláronse con mucha satisfaccion las negociaciones, y despues de algunas ofertas y demandas, más bien explicadas que discutidas, ajustóse entre ambas naciones un tratado, cuyos preliminares se firmaron el día 8 de Octubre de 1711, y cuyas principales condiciones fueron que el rey de Francia reconociese los derechos de la dinastía reinante á la sazón en Inglaterra, en la forma dispuesta por las leyes del país; que los ingleses quedasen en posesion de la plaza de Gibraltar y de las islas de Menorca y San Cristóbal, y que se les asegurase un establecimiento en ultramar y el monopolio de la trata de negros para el servicio de aquellas colonias por cierto número de años; que su comercio gozase en España de las mismas franquicias que el de los franceses, y que en el año próximo se abriesen en Utrecht conferencias para la paz general. Como su simple inspeccion lo manifiesta, este tratado más mercantil que político, sacó al monarca francés del compromiso puramente á costa de los españoles. El Austria hizo grandes esfuerzos para romper semejante convenio; pero en vano: Inglaterra se separó de ella; y el príncipe Eugenio fué mal acogido por los torys, y Marlborough depuesto de su cargo, en el que le sucedió el duque de Ormond, general de poco mérito, pero muy adicto á la nueva situacion.

La resistencia más considerable que se suscitó contra aquel tratado, fué por parte de España. Aquí, Felipe habia descuidado los nego-

cios, atento sólo á la quebrantada salud de su esposa, y renaciendo con la lejanía del peligro, el odio y las quejas contra los franceses y la indisposicion de los jefes españoles con el duque de Vendome, el cual, á su vez, estaba disgustado con Noailles, reinaba entre las dos córtes no tan buena inteligencia como en lo pasado, siguiendo nuestro asunto un giro casi independiente de la intervencion del gabinete de Versalles. El duque de Noailles, á quien Luis XIV habia separado del ejército para encargarle funciones de embajador, remitió á su amo una triste descripcion del estado de nuestra córte; y despues, habiendo querido en union con un tal Aguilar indisponer al rey con la reina, y elevarse de este modo sobre las ruinas del valimiento de Ursinos, fracasó en su empresa, fué destituido, Aguilar desterrado y privado de sus destinos, y el marqués de Bounac nombrado para servir la embajada con el carácter de enviado extraordinario.

Recibió el gobierno español con sumo desagrado la noticia de la paz celebrada por Luis XIV con los ingleses, con tan poca pérdida suya y tanta desventaja para nuestra monarquía; pero la indignacion subió de punto hasta ponerse á pique de estallar en abierta desavenencia, cuando se supo que Luis XIV, para que con ménos obstáculo se estipulase la desmembracion de los Estados de su nieto, habia consentido en que éste no tuviera representacion directa en el concurso que iba á verificarse para celebrar la paz general. ¿Qué pensarán mis súbditos, preguntó Felipe V á Bounac, si ven que los intereses de la monarquía están exclusivamente en manos de los ministros de Francia?—Pensarán, respondió Bounac, que si V. M. descansa en su abuelo del cuidado de sostener la guerra, bien puede fiarse de él para la conclusion de la paz. Otra de las exigencias del monarca francés era que la Flandes española fuese cedida al elector de Baviera en recompensa de los servicios que habia prestado en aquella lid; proposicion que fué acogida al principio en silencio y más adelante con extrañeza; pero no por eso fué retirada. Entablóse por estos motivos una sorda lucha entre las dos córtes, al parecer tan unidas, flaqueando la altivez de la una ante la dig-



na resistencia de la otra: Inglaterra y Francia formaban causa comun contra España y Holanda, habiéndose disgustado esta última potencia de los preliminares del tratado de pacificacion propuestos por Luis XIV, si bien al cabo la obligaron á aceptarlos las amenazas del gobierno británico. Singular lucha diplomática era aquella, en la que se veian unidos los que antes habian sido enemigos por la via de las armas, y adversos los que antes habian estado unidos para comun defensa. Pero como las luchas diplomáticas no son otra cosa que pequeñas fogatas que basta á apagar una gota de agua derramada á tiempo, bastó una esperanza á extinguir aquellos disturbios.

Despues de haber pasado Felipe V á su despecho por la cesion de los estados de Flandes al de Baviera, la única y capital dificultad que quedaba por resolver era que el monarca español autorizase á su abuelo para tratar de las condiciones de la paz en su nombre en el congreso de Utrecht; obstinábase Felipe, instigado á ello por su ministro el conde de Bergeick, gran conocedor de aquellos asuntos, en tratar directamente por los holandeses, esperando salir por aquel conducto más aventajado que por el de los ingleses. Esta resistencia complicaba la situacion y paralizaba la marcha de los tratados: era menester vencerla y logróse prometiendo á la princesa de Ursinos que entre las estipulaciones del tratado se incluiría la cesion á su favor por el de Baviera del ducado de Limburgo con calidad de principado soberano. Esta promesa, si bien hecha por el viejo rey en términos no muy concluyentes, deslumbró á la ambiciosa favorita, que desde entonces empezó á trabajar con todo empeño en pró de Luis XIV, y á poco habia vencido toda la resistencia de sus soberanos, y obtenido de ellos la autorizacion que se deseaba para que el francés concluyese la paz en su nombre con los holandeses. Salvado ya el principio de tan embarazoso camino, abriéronse las conferencias de Utrecht á principios del siguiente año (1712), asistiendo á ellas los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra, Holanda y Saboya, y siendo excluidos los de España y Alemania, por más que el emperador,

despues de muchos y vanos esfuerzos para deshacer aquel principio de avenencia, hubiese querido al fin tomar parte en aquellas negociaciones, por temor de que se volviesen contratas las dos partes más directamente interesadas en el contrato, como que toda la sustancia de él habia de versar sobre sus dominios y pretensiones: verdad es que ya estaba aparejada pérdida para la una de aquellos, y de estas para la otra, y no eran españoles ni austriacos los que de dichas pérdidas esperaban aprovecharse.

La guerra siguió durante aquellos años muy desmayada y floja, como ya empezaban á desvanecerse los primeros albores de la paz. En los Países-Bajos, Marlborough, á pesar de haberle reducido las fuerzas su gobierno, habia tomado á Bouchain, cuando su destitucion y reemplazo por el duque de Ormond resfriaron por aquella parte las hostilidades. Los ingleses desde entonces no manejaban aquella guerra sino como una amenaza contra la Francia, y un medio al mismo tiempo para conservar seguros á los aliados; así fué, que antes de que se publicase armisticio entre Francia é Inglaterra (el día 17 de Julio de 1712), y se separase definitivamente esta nacion de la triple alianza, ya habia recibido Ormond orden secreta para no desempeñar más que un papel pasivo en aquella lucha, por más que Luis XIV hubiese provocado imprudentemente las hostilidades, enviando una expedicion al mando de Mr. de Cassart á las Antillas inglesas, la cual devastó las islas de Monserrate y San Cristóbal. A pesar de las conferencias que seguian su curso y de la separacion de los ingleses, no dejaron de proseguir la lucha holandeses é imperiales. A las órdenes del príncipe Eugenio, se apoderaron de Quesnoy y pusieron sitio á Landrecy; pero el general francés Villars tomó á su vez la ofensiva, atacó en Denain á una division enemiga, la arrolló causándole una pérdida de cinco mil hombres, forzó á los imperiales á levantar el establecido cerco y ponerse en retirada, y tomó á Marchiennes, Douay, Quesnoy y Bouchain.

En España no hizo el ejército de Extremadura cosa que merezca referencia. En Cataluña habia quedado Staremberg encargado de sos-



tener con las armas el pretendido derecho del emperador, cuya esposa quedó asimismo en Barcelona con título de regente del monarca. Los ingleses, por su parte, dieron á esta guerra tan poco calor como á la de Flandes: el duque de Argyle, enviado con un corto refuerzo, despues de haber tenido que detenerse mucho tiempo en Génova por falta de recursos para entrar en campaña, fué muy poco lo que despues pudo hacer á causa de la desatencion de su gobierno, hasta que pasó del continente á Menorca, donde se entretuvo en fortificar á Puerto-Mahon. Vendome, antes de morir, habia intentado en vano apoderarse de Cardona, único acontecimiento de la campaña de 1711. En la de 1712 no hubo tampoco otra cosa notable más que el sitio de Gerona por Staremberg, de donde lo rechazó con mucha honra el marqués de Brancas, gobernador de la plaza. La partida de las tropas inglesas, de resultas de la mencionada tregua, dejó á Staremberg reducido á la defensiva y á los catalanes en el más triste desvalimiento. En tal estado se hallaban las operaciones de la guerra cuando se firmó el tratado de Utrecht el día 11 de Abril de 1713. Pasemos ahora á hacer un brevisimo resumen de lo que pasó en aquellas célebres y trabajosas conferencias.

A la muerte, ya citada, del Delfin, siguieron la de su hermano el duque de Borgoña y la de su sobrino el duque de Breñaña, de suerte que no quedaba más heredero del trono que el duque de Anjou, de edad en aquella sazón de dos años y de pobre y enfermiza naturaleza: con este motivo empezó Felipe á fundar esperanzas en la corona, y Luis XIV á procurar allanarse mañosamente el camino. Pero lo mismo que para su nieto era ocasion de júbilo, era para las potencias que asistían en Utrecht ocasion de inquietud y recelo: así fué, que el ministro inglés, lord Bolinbroke, exigió más terminantemente que nunca que renunciara Felipe á sus derechos al trono de Francia, evitando así que ambas coronas viniesen á parar algun día sobre una misma cabeza. Negóse á esta demanda Luis XIV, fundando esta negativa en argucias sobre el derecho divino de los reyes que no podían prescindir de lo que á Dios plu-

gó atribuirles: replicóle cuerda y enérgicamente el inglés; agriáronse las partes, y por fin Luis XIV, temeroso de entrar en nuevos empeños, hubo de ceder, así como su nieto, á la exigencia del gabinete británico, optando aquel, no con mucha sinceridad entonces, por la corona de España, muy contra la esperanza del gobierno inglés, que hizo todo lo posible por separarlo de aquella eleccion, hasta proponerle que cediese la España al duque de Saboya, y recibiera en cambio la Sicilia, el Piamonte, la Saboya y el Monferrato, con facultad para agregar todos estos dominios, excepto la Sicilia, á la corona de Francia, cuando viniera á suceder en ella.

El mismo rey de Francia apadrinó este proyecto; pero no aceptándolo Felipe, quedó apalabrada la formal separacion de las dos coronas. El día 5 de Noviembre del año 1712 efectuó el rey de España su solemne renuncia á los dominios de su abuelo, en presencia de las córtes de Castilla y de lord Lexington, enviado de Inglaterra para el caso. Ratificaron las córtes dicha renuncia, trasladando además la sucesion eventual, por falta de herederos directos de Felipe, á la casa de Saboya (otra demanda de los ingleses á que accedió Luis XIV con mucho trabajo), y estableciendo una especie de ley sálica, por la cual carecía de sus derechos al trono español toda hembra, mientras hubiese en la descendencia un solo varon, con tal que este fuese nacido y criado en España. Novedad importante, y que no conviene á nuestra brevedad discutir.

Decididos los holandeses á celebrar la paz por conducto del gobierno inglés, emprendieron los tratós para ella; pero aquel no manejó la causa holandesa con tanta ventaja como la propia: Luis XIV recuperó las plazas de Lila y Maubeuge, y los holandeses firmaron á disgusto el convenio consumado por tan sospechoso medianero. De aquí á la paz general no habia más que un paso, y este paso se dió ya sin dificultad: el tratado de Utrecht, concluido de allí á poco, puso de acuerdo á todas las potencias beligerantes, ménos el emperador. Las principales estipulaciones de este célebre tratado fueron éstas en la parte relativa á nua-



tra nacion; el reconocimiento de Felipe V como rey de España y sus Indias; la cesion de la isla de Sicilia al duque de Saboya, que tomó título de rey; la conservacion por los ingleses de todas las adquisiciones que habian hecho por el anterior tratado con Francia; la adjudicacion al emperador de los Países-Bajos, Nápoles, Milan y Cerdeña, y la promesa de un indulto á los catalanes. Declaróse además la corona de España reversible á la casa de Saboya, y la imposibilidad de deshacerse por via de venta de ninguna ciudad de la América española. Por aquel tratado quedó asegurada la dinastía de Borbon en el trono; pero perdió España la mitad de sus tierras en el continente, quedando, poco más ó menos, en el mismo estado que ofrecia aquel repartimiento propuesto en vida de Carlos II por Luis XIV, y que levantó tal tempestad de disgustos y repriminaciones.

El emperador, por más que lo solicitaron las demas potencias, no quiso adherirse á aquel tratado, y persistió inútil é inconsideradamente en la guerra. A fin de concentrarla en la frontera del Rhin, por la imposibilidad en que estaba de sostenerla en todas partes, hizo convenio de neutralidad con el saboyano y evacuó á Catalina y á las islas del Mediterráneo. Pero pronto tuvo que arrepentirse de su resolucio: Villars, puesto al frente de un ejército francés, se apoderó de Spira, Worms, Kaiserslautern, Landaw y Friburgo. En vista de estas pérdidas, cedió Carlos, y los tratados sucesivos de Rastadt, Westphalia, Nimega y Ryswick, formulados todos sobre su mismo plan, pusieron término á su enemistad con Francia, haciéndose mutuamente algunas concesiones. Arreglos particulares fueron despues fijando los derechos y relaciones de España con los demas estados, no sin que hubiese en estos pasos, muchas reclamaciones, quejas, debates y litigios pendientes, sirviendo tambien de rémora al curso de las postreras negociaciones la princesa de Ursinos, despechada al verse sin el principado que se le habia ofrecido, por la resistencia que á semejante concesion opusieron Holanda y Austria. En cuanto al emperador no quiso reconocer la legitimidad del rey

de España, dejando pendiente para mejor ocasion su derecho; mas con todo, la guerra de sucesion habia terminado ya, y Felipe V ocupaba tranquilamente el trono de España, cuya trasmision estaba asimismo asegurada á sus herederos con el reconocimiento y beneplácito de la Europa.

Por aquel tiempo Luis XIV emprendió y verificó la colonizacion de la Luisiana, terreno importante y bien sitiado, con el cual dominaba las colonias inglesas trasatlánticas, y ponía coto á las posesiones españolas, tal vez con ulteriores miras.

Terminada la guerra por el tratado de Utrecht y los subsiguientes, con general contentamiento de las partes, por más que ninguna de ellas, salvo la Inglaterra, hubiera salido de aquellas conferencias tan gananciosa como hubiera convenido á la satisfaccion de sus esperanzas, y por más que el emperador, negándose á reconocer en mengua de los suyos los derechos de Felipe V, hubiera dejado en pié el pretexto que lo movió á solicitar la pasada guerra, aún no quedaban extinguidas las reliquias de ésta en España, ni vueltos al estado normal los ánimos y las cosas. Aparte de la gran turbacion y miseria que reinaba en toda nuestra monarquía, aparte de los estragos que la pasada lid habia causado en nuestra unidad y del desconcierto que habia introducido en la hacienda y en la gobernacion, continuaban siendo indóciles al yugo borbónico y afectas á la pretension austriaca Cataluña y las islas Baleares.

La primera, desamparada por las tropas inglesas y despues por las del emperador, quiso más bien proseguir con sus fuerzas propias la resistencia, que atenerse á la dudosa clemencia de Felipe y la floja intervencion de las potencias amigas. Retiró Carlos sus tropas del Principado dolosamente, esquivando éstas, por medio de una pronta é inesperada partida, la indignacion de los catalanes, los cuales, no obstante, se ofrecieron á servirle hasta el último extremo, y movieron al pretendiente con su comportamiento á exigir del rey de España que concediese amplio perdon á aquellos denodados súbditos, tan tenazmente fieles á su compromiso,



que ya por el giro de las circunstancias había tomado carácter de rebeldía. Ofreció asimismo intervenir en las negociaciones que con aquel motivo ocurriesen, á fin de que los catalanes obtuviesen la conservacion de sus fueros, cuya pérdida era en realidad lo que ellos más en el mundo sentían: habíanse puesto de acuerdo Francia é Inglaterra con idéntico objeto, pero Felipe, en cuyas miras no entraba dicha concesion, esquivó la demanda de estas dos naciones, con tal que se sometiesen á las mismas leyes que dominaban en Castilla: rechazaron la oferta los sublevados, sin que los arredrase el ver que se unían contra ellos, no sólo los franceses, sino también la Gran Bretaña, que no vaciló en ayudar ahora al exterminio de los mismos que poco antes había excitado á la sublevacion. A la verdad los ingleses representaron, aunque con mucha flojedad, y tal vez alguna mala fé, en favor de la conservacion de los fueros, pero despues, cediendo fácilmente á la oposicion de Felipe, fueron ellos mismos los que desviaron la intervencion de las demas naciones, presentando á los catalanes como gente indócil y á sus fueros como atentatorios á muchos intereses, y enviaron á las aguas de la costa de Cataluña una escuadra á las órdenes de Wishart.

Cierto es que esta escuadra no hizo cosa de momento, habiendo recibido órdenes secretas para mantenerse en esta inaccion, determinadas por la resistencia de la Cámara de los Lores á aquella hostilidad. Despues, por muerte de la reina Ana y elevacion de Jorge, elector de Hannover, al trono británico, lo cual fué ocasion de que volviese á dominar en aquel país el partido wigh, aficionado á la guerra, cobraron los catalanes alguna esperanza de favor; pero todo el partido que sacaron de aquella mudanza fué una orden comunicada á Wishart para que no hiciera nada en contra de los catalanes, y una tardía protesta del gobierno inglés contra los manejos de franceses y castellanos. Compensaban débilmente la gran fuerza del ejército de éstos los secretos socorros que recibían de cuando en cuando los rebeldes de parte del emperador y de algun otro potentado.

Cataluña, pues, se puso en defensa, y recurrió al acostumbrado trabajo de sus guerrillas y somatenes. Establecióse un gobierno revolucionario, basado todo sobre leyes marciales, y encargado particularmente de desplegar una gran severidad contra cuantos se manifestasen afectos á la causa de Castilla: organizáronse batallones de voluntarios, y hasta una pequeña escuadra, con los miseros recursos que suministraba el país. Organizado esto, se declaró la guerra á franceses y castellanos, declaracion que mostraba el irresistible denuedo de los catalanes, si bien la falta de poder la hacia de ningun valor en aquella circunstancia.

Habian empezado las hostilidades de los catalanes impidiendo que las tropas de Felipe V se posesionaran de Tarragona, segun había convenido el pretendiente, cuando la evacuaron las tropas imperiales. Tras esto y tras los preparativos y disposiciones que quedan referidas, comenzóse por ambas partes la lucha, no dudosa en verdad, por más que los catalanes quisieran poner en balanza su teson, su espíritu de provincialismo y las falaces promesas de los ingleses, contra la superioridad numérica de las huestes de Felipe V.

El duque de Pópuli, general español, entró por Cataluña con un numeroso ejército, y se hizo dueño en breve y á poca costa de casi toda ella, salvo de las plazas de Cardona y Barcelona. Establecióse el sitio contra esta última, pero en breve tropezaron con sendas dificultades para tomarla, fundadas en la buena construccion é importancia militar de la capital del Principado, en el aliento con que se habían aparejado á la resistencia sus defensores, en el apoyo que les ofrecían las poblaciones comarcanas, y en la molestia que daban á la gente del sitiador las guerrillas. Así fué que, comenzado apenas el bombardeo, hicieron los sitiados tan vigorosa salida, que desalojaron al ejército castellano, y lo hubieran hecho retirar también, si no lidiara contra los catalanes la noticia de que estaban en marcha y la esperanza de que pronto habían de llegar refuerzos franceses. Esperóseles, convertido el sitio en bloqueo. En efecto, á poco llegó el duque de Berwick con veinte mil hombres de allende el



Pirineo, creciendo con tan copioso auxilio el brío de los castellanos, sin que por eso entrase el desaliento en el ánimo de los barceloneses, ni disminuyesen la furia de sus provocaciones ni la obstinacion de su resistencia, tomando las armas cuantos se hallaban con capacidad para manejarlas, sin que nadie se excusase de ello con edad, rango ni voto. Por dentro de la ciudad se vistió la tiranía popular con la máscara del patriotismo, maltratando desapiadadamente á cuantos eran sospechados de inclinarse al partido de Borbon, y aún á los que por su silencio daban á entender alguna tibieza, sin que al padre de familia pusiera á salvo su hogar, ni el altar ó el púlpito al sacerdote. Los sitiadores entretanto no se descuidaban en dar embestidas á los muros. Aportillados éstos por más de una parte, adquirió la lucha un carácter más irreconciliable y mortífero, recordando á los ojos la furia de los de fuera y la rabiosa desesperacion de los de dentro cuantas escenas de lástima puede ofrecernos en casos análogos la historia.

Enarbolaban los habitantes de Barcelona una bandera negra con una calavera pintada en ella, como gente que ni ofrece clemencia ni espera perdon, y que sólo quiere deber á sus manos la muerte ó la vida. La gente inútil fué enviada á la isla de Mallorca, y fué rechazada una capitulacion bastante generosa que propusieron los sitiadores. Tras esto se le dió el último y más apretado asalto á la plaza por tres partes el día 11 de Setiembre de 1714. Empezó el ataque con gran carnicería de los nuestros y no menor estrago de los contrarios, sólo que éstos no hallaban quien reemplazase á los que caían, y aquéllos tenían á sus espaldas sendos batallones con que dar pábulo á la lucha. Salvado trabajosamente el recinto, penetraron en las calles casi á un mismo tiempo los españoles por los baluartes de Santa Clara y de la Puerta Nueva, y los franceses por el del Este; pero la pelea continuó tan acérrima como antes, y aún más, porque la exigüidad de los reparos abrigaba ménos los cuerpos y ofrecía más fácil camino á las armas. Rechazados por fin los barceloneses hasta la plaza principal, rehiciéronse por medio de un esfuerzo supremo, y

cargando sobre nuestras tropas, ya desmoralizadas en el pillaje, las hicieron retroceder hasta las brechas, y emplear otras muchas horas y todo el trabajo de sus brazos y artillería para recuperar el terreno. Cesó al cabo la resistencia, deshechos por do quier los que la sostenían, y las tropas francesas y castellanas se entregaron al más vandálico saqueo y á la más desapiadada matanza, inutilizando las humanas tentativas de Berwick. Rendidos los cuerpos, pero no reblandecidos todavía los ánimos de la gente vencida, presentáronse sus diputados en la brecha capitulando sobre la conservacion de sus fueros, y acogidas que fueron sus protestas con una seca negativa del general español, volvió á romperse el fuego de parte de los sitiados, con lo cual aquél, despues de haber mantenido su tropa sobre las armas por espacio de seis horas, término que dió á los de la ciudad para que reflexionasen sobre el partido que les convenia seguir, mandó reducir á ésta á cenizas. Ya el incendio había comenzado á ejercer sus naturales destrozos, cuando por instancia de los sitiados fué cortado, y éstos se rindieron á discrecion, despues de haber sucumbido la mayor parte de la gente hábil en la anterior refriega. Despues de la rendicion no se ejerció atentado alguno contra las vidas ni contra las haciendas: sólo si fueron reducidos á prision indefinida veinte de los principales jefes de aquella rebelion. Con seguridad de lo mismo que habían obtenido al rendirse los barceloneses sometieron al vencedor la fortaleza de Monjuich, Cardona, y consecutivamente las islas Baleares; conviene á saber, Mallorca, Ibiza y Formentera, puesto que en Menorca habían quedado dominando los ingleses, segun quedó estipulado de antemano. Así terminó la guerra de sucesion en España, y decayeron á viva fuerza los antiguos fueros de Cataluña, más adicta en verdad á ellos que al pretendiente, por mucho que lisonjearan el orgullo y las esperanzas de éste las simpatías que en todo caso habían mostrado los catalanes hácia su persona.

De este modo quedó establecida en toda España, salvo en las provincias Vascongadas, la unidad monárquica y legislativa, estribando todas las diferencias en alguna liviana excepcion



ó alguna nimia formalidad, que no afectaba de ningun modo la esencia de los principios. La dinastía borbónica se vió de aquí en adelante sólidamente afirmada en el trono de nuestra nacion, sin que valieran á trastornar su estabilidad quiméricas pretensiones del emperador y lejanas esperanzas del de Saboya. El país, postrado y esquilado por guerra tan larga y por tan fatigosa serie de infortunios, empezó á esperar en la paz de su monarca que curara las heridas que por él se le habian abierto en la guerra.

Mucho nos costó el cambio de dinastía; ¿puede apreciar la historia lo que con él ganamos? Mucho sin duda, aunque no tanto por entonces cuanto fuera de desear, gracias á lo estrecho de las circunstancias, á lo mezquino de los recursos y á la demasiada atencion que se puso á la discordia de los partidos, á las particularidades de la familia y á las pequeñeces de la córte. De todos modos, cuenta es esa que está por saldarse todavía, siendo su apreciacion tan importante como difícil para la historia.

CAPÍTULO IV

Caida de la Princesa de Ursinos.

Mientras esto sucedia en Cataluña, trastornos no de menor cuantía, si bien de diferente naturaleza, pasaban ó se preparaban en la córte. Falleció la reina de sobreparto, el día 14 de Febrero de 1714, á la edad de veintiseis años, corroborando el efecto de su muerte una enfermedad de languidez que hacia tiempo la aquejaba. Dejó dos hijos, ambos varones; Luis y Fernando. Fué mujer de grande ingenio y magnanimidad, afable con todos, firme con quien debia, y muy celosa en sostener el decoro de su posicion, á pesar de la tutela de Luis XIV y de la influencia de la princesa de Ursinos. Sintieron mucho aquella desgracia los españoles; su esposo en especial, que la amaba sinceramente, y que aborreciendo el lugar donde tal desgracia habia sufrido, salió de su palacio, y se retiró al del duque de Medinaceli, dejando todo el peso de los negocios á cargo del cardenal Gindice. Pensaban todos que la muerte de la reina haria cesar el predominio de la princesa de Ursinos; pero no fué así; esta mujer insinuante y astuta no habia descuidado el granjearse la voluntad del rey, asegurándose la permanencia á su lado por el nombramiento de aya del principe de Asturias. Así, con general sorpresa, el cardenal Gindice de-

cayó del poder á los tres dias de su efímero valimiento, volvió la princesa á presentarse con la misma preponderancia que antes, y se hizo un nuevo arreglo en el despacho de los principales secretarios, multiplicando los directores, restringiendo los poderes, haciendo alguna variacion en las personas y repartiendo los cuidados de la hacienda entre Orri y el conde de Bergueick. El primero manifestó en las dos veces que dirigió este ramo cierta habilidad como hacendista, é introdujo algunas reformas no despreciables, por más que su apreciacion vague incierta entre los encomios de sus partidarios y los dicerios de sus enemigos. Los miembros todos de la nueva administracion eran obedientes á la de Ursinos y dóciles á las inspiraciones del gabinete de Versalles.

Por aquel tiempo fué cuando el ilustre don Melchor de Macanaz, fiscal del Consejo de Castilla, escribió una memoria apoyada por Orri y que hizo cavilar mucho á Felipe V. Amagábase con ella reformar de todo punto la constitucion del clero. La Inquisicion fulminó sus censuras contra dicha memoria; el consejo de Castilla, á cuyo informe habia pasado, temeroso de la oposicion inquisitorial, tachó el escrito de vio-